

altar, en que Achaz ofreció perfumes á la usanza siríaca, no hubo más remedio que mudar de sitio una porción de cachivaches del culto. Y Jehová, á todo esto, distraído. Y Achaz, cuando le llegó la hora, cerró el ojo, demasiado pronto para él, demasiado tarde para Jehová; tenía treinta y seis años. De vivir cincuenta, no deja en la casa de Dios títere con cabeza.

Ahora toca el tambor bíblico Samaria. Acudo allá y hallo que á PECA, matador de Pekaía, muerto á su vez por Oseas, sucedió este, por ley de asesinato, que es una ley que ha hecho más reyes que la ley sálica.

Este OSEAS fué un baldragas, ni bueno ni malo, pues aunque hizo también lo malo delante de Jehová (textual) no lo hizo tan á la perfección como otros reyes. Sin duda, por horror á estas medianerías del señor Oseas, el caballero Salmanasar (bonito nombre para una charada, pues contiene sarna, sal, mana y nasal, rey de los asirios), dióse un paseito por Samaria y redujo al señor Oseas á tributos, sin que conste las especies que le constituyeron, ni pueda, por consiguiente, averiguarse si entraban en ellas doncellas, como en el tributo que pagó Mauregato á los moros.

Oseas, que nada hacía bien del todo, ni aun el tributo pagó como estaba convenido. Salmanasar que supo que andaba en tratos para ampararse de un rey de Egipto que se llamaba So (¿quién pierde la esperanza de hallar en las historias un rey que se titule Arre?) bonitamente le metió en el Saladero de aquellos tiempos y países, ó séase la cárcel, que ser rey no impide á un hombre, como está averiguado, ser prisionero y criar en los calabozos miseria.

No contento Salmanasar con meter en la treña á Oseas, después de tomar á Samaria, se llevó por delante, hacia su tierra, á todos los samaritanos, repartiéndolos por los pueblos ri-

berreños del río Gazan y en las ciudades de Media. (Esta Media no es la pariente de la calceta, sino una vasta provincia de Asia.)

La *Biblia*, con la mayor oportunidad del mundo, emplea diez y siete largos versículos en explicar las razones que tuvo Jehová para, después de soportar tantos siglos tantísimas perradas como le hicieron sus elegidos en la tierra de Canaan, ya bajo los caudillos, ya bajo los jueces, ya en tiempos de la monarquía, atufarse definitivamente y llamar á los asirios para que hicieran con ellos este rifirafe y trasportación. Un Salmanasar como éste está pidiendo á gritos cierta provincia que yo me se, y unas gentes que yo conozco. Como le hubiera, yo aseguro que algún Carlos había de llamarse Oseas.

El último de estos diez y siete versículos que es el XXIII, concluye con estas palabras: *é Israel fué transportado á Asiria hasta hoy*, lo que significa evidentemente que este libro de los reyes fué escrito después de esta trasmigración, palabras que apunto y ocuparme de ellas en lugar oportuno, para probar que todos los libros de la *Biblia* que llevo comentados, desde el *Génesis*, son obra de la mano del mismo copista ó enciclopedista.

Salmanasar, hombre que entendía de truecos, en vez de los isralitas que se llevó para allá, trajo á la tierra de Canaan gente de Babilonia, Cutha, Ava y Sefarvaim, y la repartió las ciudades de los israelitas. Como en tal mudanza todo anduvo manga por hombro, las fieras de los montes dijeron: esta es la nuestra; y se bajaron por los llanos, y los nuevos pobladores que con ellos topaban, no hallando maldita la gracia á las caricias de sus coimillos, enviaron una respetuosa exposición á Salmanasar, en que decía:

«Las gentes que tu trasportaste, y pusistes en las ciudades de Samaria, no saben las costumbres del Dios de aquella tierra, y él ha echa-

do leones en ellas, y hé aquí las matan, porque no saben la costumbre del Dios de la Tierra.»

Esta manera de tratar á Jehová dice más que todo el texto de la *Biblia*, acerca del Dios de la Tierra, que echaba leones á los babilonios.

Salmanasar decretó, al margen de la exposición, lo siguiente:

«Llevad allí alguno de los sacerdotes que trajistéis de allí, y vayan y habiten allí: y enseñenles la costumbre del Dios del país.»

Esto es decretar en rey y en librepensador al mismo tiempo. Caballero Salmanasar, con el debido respeto á tu corona sea dicho: echa esos cinco.

Y vinieron sacerdotes y enseñaron el culto de Jehová, ó sea la costumbre del Dios de la Tierra, pero los asirios, así que los leones se retiraron prudentemente á las montañas, sacaron á relucir sus dioses propios, y Jehová tuvo en Canaan que soportar muchos años la compañía indecorosa de Succoth-benoth, de Nergel, Asima, Nibhaz, Tharthe, Adremalech y Anamolech, porque en materia de dioses, como cuesta poco inventarlos, cada cual, en la antigüedad, y quizá en los tiempos modernos, se ha fabricado el suyo. Un poquito de imaginación y otro poquito de picardía bastan.

LXVIII

En esta ristra de tunantes que vengo presentando á tu librepensadora hilaridad, carísimo y amabilísimo lector, con el título de reyes de Judá, salta, por casualidad, uno que dice la *Biblia* fué bueno, tan requetebueno que añade: *después ni antes de él no hubo otro como él en todos los reyes de Judá.*

Este portento se llamó EZECHÍAS, y para conocerle, de cuerpo entero le puedes ver en el patio de los reyes en el Escorial. Es uno de aquellos cuatro mostrencos de piedra que se ven entran-

do de frente, con cetros y coronas de hierro dorado, que sobre sus cuatro repisas están tomando el frío desde el tiempo de Felipe II. Por más señas que perdió hace unos cuantos años la cabeza y se la pusieron nuevecita, de mármol; ¡vaya un pegote que es la tal mollera coronada del señor Ezechías! Digno adorno de la octava maravilla jerónima del mundo.

Vamos á ver lo que realizó este mocito para ser tan bueno. En primer lugar desterró de su reino á todos los dioses, menos al Dios Jehová, lo cual que se lo agradecieron tanto los sacerdotes, que se lo pagaron en floridas palabras, en la historia que de él escribieron á cargo del Espíritu Santo. Además, en su comenzón iconoclasta, hizo añicos una serpiente de bronce que fundió Moisés, á la cual se venían quemando perfumes desde los tiempos de la salida de Egipto y peregrinación por el desierto, lo que demuestra que el mismísimo barbado partidior de las aguas del mar Rojo, se permitió idolillos tan asquerosos y repugnantes como lo es una culebra de bronce, y que en aquello de que antes ni después se levantó nadie como Moisés, ha de entrar, como en todo lo bíblico, el tío Paco con la rebaja. Aquí el tío Paco de Moisés es Ezechías.

El tío Paco de Ezechías seré yo con palabras del Espíritu Santo. A los cuatro años de ser rey fué cuando el caballero Salmanasar tomó á Samaria y se llevó para Media á los israelitas. ¡Tú lector defendistes á estos pobretes de samaritanos hermanos de los judíos? ¡No? Pues el bueno de Ezechías tampoco. Con toda la pachorra de de un buen adorador de Jehová dejó que sus correligionarios, paisanos y parientes fuesen hechos esclavos de los Asirios. En Jerusalem se estuvo viendo tranquilamente pelar las barbas á sus vecinos, sin cuidar siquiera de echar las suyas en remojo, según aconseja el refrán.

Y fué á su vez pelado, pero con navaja fina. El barbero fué el señor Sennacherib, rey de Asiria, que viniéndose sobre Canaan, cercó y tomó todas las ciudades fuertes de Israel. El piadosísimo de Ezechías, con tanto atender al esplendor del Templo, á la restauración del culto, al despedazamiento de las imágenes, se ocupó poco del ejército. Y viendo á Sennacherib cerca, envióle embajadores á Lachis, manifestándole su religiosísimo deseo de darle voluntariamente lo que el asirio se había propuesto robarle.

Sennacherib, que quizá anduviese escaso de dinero por aquellos días, aguzó la oreja á la embajada, y viendo las buenas disposiciones de Ezechías, el buenísimo, le pidió prestada una friolera... trescientos talentos de oro y otros trescientos talentos de plata, para lo cual saquearon de alto abajo el Templo y el Palacio, al punto de que hasta con los clavos y quicios de la casa de Dios cargó el asirio.

Al verse cargado de oro Sennacherib, pensando honradamente que podría quedarle á Ezechías algún piquillo, encargó á su capitán Rabsaces que fuese por él. Rabsaces sitia á Jerusalem, pero más orador que guerrero, entretiéndose en dimes y diretes del campo al muro, dando lugar á que Ezechías, después de rasgarse las vestiduras y revolcarse en ceniza, enviase un recadito á un hombre que estaba en íntimas relaciones con el omnipotente Jehová.

Llamóse esta maravilla profética Isaías, persona por otra parte de muchísimo talento, para mi gusto el más grande escritor que ha producido la raza judaica. Isaías dice á los recadistas que Jehová ha dicho que nones, quiero decir, que Rabsaces no tomará á Jerusalem. Con esto Ezechías cobra ánimos, y supongo que también se vestiría, y, en efecto, después de muchos años de inútil asedio, *el ángel de Jehová* bajó una noche del cielo, á la chita callando, y, cogiendo

adormecidos á los asirios, degüella ciento ochenta y cinco mil de ellos (¡degollar es!) y se vuelve al empero sin meter ruido. A la mañana siguiente, los asirios supervivientes á la degollina se despiertan (tres y medio ó cuatro deberían ser.) Y viendo las que gastaba *el ángel de Jehová* ponen pie en polvorosa, quiere decir, que se volvieron á Ninive, donde Sennacherib fué asesinado por sus propios hijos. ¡Bonitos niños!

Púsose enfermo Ezechías. Fué Isaías á verle, y le dijo: muchacho, arregla las cosas, porque de esta te largas, Ezechías entonces volvió la cara á la pared, y, no teniendo cosa más urgente que hacer, se puso á rezar. Jehová, que cuando quería tenía oídos de tísico, aunque Ezechías oraba por lo bajo, le oyó perfectamente, y, llamando á Isaías le dijo: ve y dile á Ezechías que se deje de lloramicos; he cambiado de opinión y determinado que de esta no espiche.

Apresuróse Isaías á llevar tan fausta nueva al rey, pero un poco escamón con Jehová, le encasquetó á Ezechías sobre la llaga que tan al cabo le había puesto, un emplasto de higos secos machacados, tópicos que recomiendo á los cirujanos modernos.

Escamón también Ezechías con el pan de higos, pidióle al profeta señal de que lo que decía era cierto, é Isaías entonces

«Clamó á Jehová: é hizo volver la sombra por los grados que había descendido en el reloj de Achab, diez grados atrás.»

Este retroceso de la sombra en un reloj de sol es lo más piramidalmente milagroso que se ha podido inventar. Esto no es ya pararse el sol ó la tierra, sino hacer que los astros bailen un canacán, en honor del pan de higos de la llaga de Ezechías.

Lo más asombroso es que este milagro apenas si se cita entre los teólogos. Y es que sin dudas da vergüenza á los pobrecillos una burla

tan sangrienta como en este versículo les hizo el señor Espíritu Santo. Vaya un pisto. El pan de higos sobre la llaga y el cancán en el cielo para curar las úlceras de Ezechías.

Después de curarse por tan extraordinaria terapéutica, Ezechías recibió un embajador del rey de Babilonia, al cual enseñó todos sus tesoros, que después de lo de los quiciales que se llevó Sennacherib presumo yo no debían ser muy considerables. Isaías se le presenta y le profetiza que todo cuanto al babilonio había enseñado y toda su familia y todo su pueblo, á Babilonia habían de ir á parar.

¡Que no sea en mis días! es cuanto se le ocurrió decir á aquel saco de egoísmo teológico y carcundesco que se llamó Ezechías, el rey retobueno, que como los malos, cuando le llegó la hora, no hubo pan de higos ni cancán celeste que le valiera, sino que se murió como un cualquiera, de cara á la pared.

LXIX

Había antaño en Málaga un gitano, que ni de Caco se dejó adelantar en cuanto á ladrón, ni de Merlín en listeza. Tenía tres hijos y tres hijas; porque Dios Todopoderoso se complace á veces en santificar el robo cuando va unido al ingenio. Queriendo el gitano disimular ante el público sus malos medios de vida, hacía trabajar á su familia en cestas. Todo el santo día los tres muchachos estaban aderezando mimbres en toda suerte de preciosos canastos, y canastillos, y canastazos. Y toda la santa noche las muchachas, por orden del gitano, se ocupaban en deshacer los canastazos, canastos y canastillos que sus hermanos hacían por el día, dejando á éstos los mimbres preparados para el siguiente. Ni el ser gitanos libra á los mozos, ni tampoco á las mozas, de reflexionar á veces; y los hijos é hijas del hombre de mi cuento, en cierta ocasión, abu-

rridos ya de tantos canastos hechos y deshechos sin utilidad para ellos apreciable, se atrevieron á interrogar á su padre sobre los propósitos que le movía á emplearlos en tan extraño é improductivo trabajo. El gitano, echando una bocanada de humo, dijo con pausa y flemma:

—*Puz azina vos entreteneis toos.*

* * *

Parecido al trabajo de los hijos é hijas de este gitano fué el de los reyes de Judá. Lo que el uno hacia, deshacíalo el otro; de este modo Jehová, como el gitano, los entretenía á todos.

Has visto, lector discreto, al piadosísimo Ezechías, el requetehueno, desbaratar todo objeto de culto que no perteneciese al culto del omnipotente Jehová, que en honor al pan de higos machacado que le curó la llaga, hizo bailar un cancán al sol. Te hice observar que de su furor inoclusa ni se libró siquiera la serpiente de bronce que el barbudo y cornudo en luz (pues así le pintan) Moisés había fundido en el desierto. Pues bien; MANASES, hijo de Ezechías, reconstruyó cuanto su padre había desbaratado, y Jehová se vió tratado como otro cualquiera de los mil y un dioscellos que por la tierra de Canaan se disputaban las ofrendas de los tontos. El templo de Salomón, que tanto Jehová había encargado se le reservase á él solo, el fuerte, el celoso Jehová le vió imperturbable ser invadido por multitud de puercas divinidades, á quien Manases, rey de ancha manga, daba de comer y beber cumplidamente, para que no le hiciesen algunas jugarreta.

Ninguna farándula teológica omitió Manases: chamuscó sus hijos en honor de Baal, consultó adivinos, instituyó pitonisas, se hizo astrólatra y hasta astrólogo derramando además cuanta sangre inocente pudo, en demostración de que no ha habido aficionado á tantas teologías que no haya sido un tunante.

La cólera de Jehová nunca hubiera estado mejor empleada que contra este canalla de Manases. Pero ¡cosas del Dios hebreo! Jehová se lo llevó todo en paciencia durante cincuenta y cinco años que reinó, contentándose con enviar profetas á porrillo, que anunciaron, no ciertamente á Manases, sino á Jerusalen, cosas horribles para más adelante. ¡Valiente juez Jehová! ¡Ni para un mal juzgado de entrada me serviría á mí, á fe de Riofranco lo digo!

Resumen: que el malvado de Manases se murió tranquilamente á los sesenta y siete años, y que le sucedió otro tunante, hijo suyo, llamado AMÓN, también idólatra y astrólatra y becerrólatra, al cual, cargados ya de tantas pillerías como hizo, sus propios siervos le asesinaron en su propia casa. El pueblo, amoscado de que le hubieran quitado de enmedio un rey tan bueno, ahorcó á cuantos le asesinaron, é hizo rey á JOSÍAS, hijo de Amón, que tenía ocho años.

¡Bien por los realistas!

Josías, dice la *Biblia*, fué bueno, y de consiguiente retiró todos los chirimbolos ofensivos á Jehová, que habían su padre y su abuelo puesto en el templo, desbaratando cuanto ellos habían hecho también por fuera, viniendo á ser las hijas del gitano del cuentecillo arriba contado.

Josías como todos los buenos bíblicos, restauró el templo, empleando en esto el dinero que á sus manos y á las de los sacerdotes llegaba. Y en vez de consultar con muchos dioses, consultó sólo con Jehová, el cual, por medio de una *profetisa* (este oficio no debía ser muy difícil cuando podía desempeñarle una mujer), llamada Hulda, casada con un tal Sallun, empleado en la guardarropía del Templo, le reveló que había de pasar Jerusalen terribles apuros, y la habían de dejar los enemigos más limpia que una escudilla, después de lamida por un hambriento. Afortunadamente para Josías, la limpiadura no se había

de hacer en sus días, por lo cual, agradecido, mandó leer el Deuteronomio, y renovó la alianza entre el pueblo judío y Jehová, aquel famosísimo pacto tan traído y tan llevado, siempre renovado y jamás cumplido, que basta para predisponer contra todo pactismo.

Después de esta lectura fué cuando Josías se ensañó contra todos los dioses menos el suyo. La *Biblia* aprovecha la ocasión para decirnos cuántos y cuáles eran estos dioses usurpadores: allí lo encontrará, capítulo XXIII, el que quiera enterarse de las mil y un brutalidades que han inventado los hombres en cuestión de teología.

Como el rey Josías, dice el Espíritu Santo, no hubo ninguno. Lo creo honradamente. No hubo uno tan majadero, á no ser Ezequías. ¿Por qué? Porque, viendo venir la tempestad, en vez de ejércitos, lo que se ocupó en organizar fueron curas. ¡Ah, *babión!* ¿A quién le guardaron nunca los sacerdotes sus estados? Así sucedió que, viniendo Nécos, rey de Egipto, contra los asirios, á las orillas del Eufrates, Josías, que salió á la defensa de estos, fué derrotado y muerto al primer papirotazo egipciaco en Mejido. ¡No le estuvo mal! ¿Acaso pensó que á los faraones se les detenía á hisopazos?

Sucédele JOACHAZ, mozo á quien Nécos se mereció en un abrir y cerrar de ojos, quitándole el reino, que redujo á tributo, y llevándosele preso á Ribla, donde se murió, quizá de reconcomio.

Nécos dejó en Jerusalen un reyecillo para que le cobrase los tributos y se los mandase con toda puntualidad. Fué este monigote ELIACIM, hijo de Josías, al cual Nécos, que debía ser un guasón. le hizo llamar en adelante Joacim (¡vaya un capricho!) (¿por qué le llamaría Joacim?)

Aún con este mote, los once años que reinó, hizo Joacim *lo malo en ojos de Jehová*. ¡Si sería perro el muchacho! Pero á fe que Jehová, que

contra tantos reyes fuertes había sido débil, se vengó en este pobrecillo á sus anchas. Valiéndose de Nabucodonosor, nombre peligroso, rey de Babilonia, le dió una paliza mayúscula. Tres años se vió Joacim siervo del babilonio, y luego, cuando éste volvió la espalda, se le rebeló. Y aquí, digo, allí fué Troya.

Sube Nabucodonosor echando espuma por la boca, y gracias que Joacim reventó á tiempo, porque de otra suerte le hace salchicha. Halla en vez de él á su hijo JOAQUÍN en el trono de Jerusalen. Sitia á esta el babilonio, y el bueno de Joaquin, destinado á pagar todas las perradas de los de su casta, queriendo á Jehová darle mico, escapa furtivamente de la ciudad con toda su familia, pero Nabucodonosor le coge de las orejas, y atado codo con codo se lo lleva á Babilonia, así como á sus mujeres, oficiales y servidores.

Razia como aquella se han visto pocas. No dejó un ochavo Nabucodonosor en Jerusalen, ni tampoco un judío de consideración. Todo se lo llevó por delante. Sin embargo, no destruyó la ciudad, sino que, tomando un tío de Joaquín, le hizo rey, como pudiera haberle hecho obispo, mudándole el nombre de Matatías, que llevaba, por el de SEDECÍAS. (Este capricho de Nabucodonosor no le comprendo, como no comprendí el de Nécos.) (¿Serían guasitas estos truecos?)

Este Sedecias también salió de mala madera. A los nueve meses de reinado (si aquello puede llamarse reinar) se rebeló contra Nabucodonosor, que sin andarse ya en más contemplanones, subió á Jerusalen y la cercó. Escápanse, después de pasar una hambre canina, así el rey como todos los soldados, pero Nabucodonosor, que tenía fuertes las pantorrillas, echa á correr tras ellos y los atrapa junto á Jericó.

Y toda aquella canalla judáica, que tan orgullosa se mostraba con su Dios Jehová, que se creía modestamente la elegida entre todas las

naciones de la tierra, la única digna y la única decente; aquel pueblo majadero de profetas y levitas, que se le comían por los pies, explicándole absurdas teologías y fantásticas revelaciones, ni aun defenderse supo del babilonio. Como Don Quijote desbarató el retablo de maese Pedro, desbarató Nabucodonosor al ejército israelita, que en vano imploraba en aquel fiero trance á Jehová. Allí cayó preso el rey, fueron cogidos los príncipes y amarrados los soldados.

Nabucodonosor, harto sin duda de las petulancias hebreas, hizose llevar los prisioneros á Riblia y allí mandó degollar uno á uno á todos los hijos de Sedecias á presencia de éste, á quien después hizo arrancar los ojos, y con una buena cadena amarrado llevó más tarde á Babilonia. Cruel, muy cruel es esto que hizo Nabucodonosor por dar gusto á su enojo. Pero pregunto yo: el que llame bárbaro, encanallado y feroz á Nabucodonosor ¿cómo calificará á Jehová, que mandó por sus profetas degollar cuatro dinastías israelitas, sin dejar de ellas meante á la pared, quiere decir, perros? A menos que el ser Dios le disculpe... saque un católico la consecuencia. De mi librepensadora incumbencia sólo es asentar con solidez las premisas. Además los católicos son tan aficionados á los silogismos, que en punto á consecuencias, se pierden de vista al sacarlas. ¡Pues digo, si han sacado del Purgatorio millones!

Todavía quedaba en Jerusalen la plebe, aquella plebe que se había arrodillado ante Atalía y luego ante los que la alancearon, aquella canalla que tantas veces había pactado con Jehová y le había degollado tantos carneros, bueyes y machos cabríos. Ni el hambre del sitio, ni la teología, habían podido acabar con ella.

Nabucodonosor encargó de este trabajo á Nabuzardán, el cual, con sólo presentarse, tomó la ciudad sacrosanta, de que no dejó en pie cosa

que sobresaliera del suelo. Derribó el muro, quemó el sacrosanto templo de Salomón, hizo pavesas el palacio real, la casa del bosque, las casas de los príncipes y sacerdotes, cuanto, por fin, llamaba la atención. Después, bien formados en interminables cuerdas, llevóse para Babilonia, como esclavos, á todos los elegidos, protegidos y mimados de Jehová, dejando sólo en Jerusalem unos cuantos pobres para que cuidasen las viñas.

Vasos, calderos y tinajas sagradas, ya de oro, ya de bronce, cuanto valía de una peseta para arriba, bien empaquetado, envióselo Nabuzardan á su señor, remitiéndole además cuantos príncipes y sacerdotes pudo topar de los que se habían antes trasconejado, á los cuales degolló sin cumplimiento alguno Nabucodonosor.

Es horrible, indudablemente, esa tremenda degollina, este feroz apresamiento de todo un pueblo. Hay que abominar de estos tiempos y de estos hombres. Pero ¿no es cierto, lector, que causa risa ver que la *Biblia*, echando el mochuelo de todo lo bueno y lo malo á Jehová, explique estas atrocidades por la atrocidad suprema del enojo de Dios contra sus elegidos? En cien ocasiones se vieron en la antigüedad barbaridades de este calibre en varios pueblos. Todos las explicaron por las causas naturales. Sólo los judíos acudieron á una explicación sobrenatural. ¿Extrañarás que lógicamente fuera monumental la paliza?

De lo que no había sido degollado ó transportado, esto es, de lo que no merecía la pena de ser cogido, hizo Nabucodonosor una especie de rebaño, sombra de pueblo, á quien puso por gobernador á un tal GEDALÍAS. Este pobrecillo llamó á sus compatriotas, suplicándoles encarecidamente que aceptasen la servidumbre caldea. Al poco los llamados se irritan, vienen á Mispa y degüellan á Gedalías y á los caldeos que le rodeaban.

He ahí, pensarás, lector, unos valientes que, como los compañeros de Pelayo, reconquistaran la tierra. Pues no hay nada de eso. Aquellos valientes que asesinaron á Gedalías, con todos los otros valientes de Judea tomaron á trote largo el camino de Egipto, huyendo de las lanzas babilonias.

Con lo cual da fin el segundo libro de los reyes de Israel, que queda demostrado según me propuse, fueron el uno peor que el otro, y todos juntos unos..... Calificalos tú, lector, que yo ya de estos reyes, y de los otros estoy hasta aquí.

Y me toco la coronilla.

Perdona el modo de señalar.

LXX

LOS PARALIPÓMENOS

¿Se come esta con cuchara ó con tenedor? Se dirá el lector discreto de estas NOTAS, al echarse á la cara la palabreja *Paralipómenos*. Pues no es cosa de comer, le respondo, sino fruto bendito de la mollera del Espíritu Santo, libro infalible de la infalible *Biblia* sacra canónica, lo que *Paralipómenos* se llama, libro hecho dos pedazos, ó tomos ó volúmenes, ó partes.

Estos libros paralipoménicos, que quiere decir cosa como suplementarios ó de añadidura, ni se sabe quien los escribió, ni donde, ni cuando. Pero por lo mismo que, maldita de Dios la falta que hacía averiguar semejante bobada, los doctores católicos y los rabinos judíos, buenos muchachos que se han ganado el pan entreniendo á los tontos, se han devanado los sesos barruntando quien ó quienes, donde y cuando los Paralipómenos se escribieron, viniendo á convenir en que no sabiéndose quien tan mal fecho cometiera, la lógica severa exigía atribuirsele á la propia y palomesca persona del Espíritu Santo, de lo cual no me deja duda verlos perfectamente en-

cuadernados y anotados por el padre Scio en su traducción española de la *Biblia*, que tengo á la vista, provocando mi buen humor con sus ilustraciones, en que aparecen los personajes bíblicos todos liados en una especie de mantas de Palencia.

Los sabidillos *teologizantes* te dirán, lector amable, si les aprietas, que estos libros, aunque infalibles, parto del Espíritu Santo, fué Esdras quien les sirvió de comadrón, y que no lo fué, y que pudo serlo, y que pudo no serlo, pues cuentan cosas que Esdras no vió, y otra multitud de majaderías de que no podrás sacar nada en limpio. Tú riete de ellas, y de ellos, y de Esdras, y del otro y de los Paralipómenos, como me río yo, y con tal que tengas muchas pesetas, no lo dudes, si te pones á andar delante de las muchachas bonitas, éstas se irán detrás de tí.

*
* *

El capítulo primero del primero de estos libros de los Paralipómenos, es una indigesta letanía de nombres enrevesados y estrafalarios, mal sonantes, mal olientes, y peores de escribir, que empieza en Adan y acaba en Hifam, dos caballeros á quienes no tuve jamás el gusto de tratar, el primero de los cuales parece que se entretuvo en la placentera ocupación de engendrarnos á tí y á mí, lector discreto, en compañía de una buena hembra llamada Eva, que Dios le regaló para que tuviera quien le espulgara la coronilla. De Hiram, que es el último, nos dice que fué caudillo de Edom. ¡Brava é interesantísima noticia! ¿Acaso no has oído que se murió Fernando VII, apesar de sus narices, que parecían inmortales?

Capítulo II. Segunda letanía indigesta. El ciudadano tal engendra. La ciudadana cual pare. La humanidad solo se ocupa de reproducirse en este capítulo. ¡Si serian nuestros ilustres prede-

cesores picarillos! Pues no digo nada de las predecesoras: paren como conejas.

Capítulo III. Idem del lienzo de la procreación. Los actores son reyes. Las paridoras reinas. El oficio regio no les disminuye en nada el gusto. Se presentan en el horizonte bíblico algunas porquerías incestuosas y adulterinas.

Capítulo IV. Continua el enjendrar y el parir. Se nombran muchas ciudades que los israelitas, á fuerza de hacer hijos, tuvieron que construir ó conquistar. No hay nada más tonto en el mundo que leer esto, á no ser que el leerlo, como les pasa á los presbíteros, valga dinero.

Capítulo V. Hacen hijos Ruben, Gad y Manases, en tanta abundancia, que fundan dos tribus y *media*. Se cuentan las ciudades que habitaron estas tribus, la paliza que dieron á los agarenos, y como los apaleadores al fin y á la postre fueron apaleados y llevados cautivos á Asiria. No me detengo en estas necedades, que con más gracia que á aquí, tiene ya contadas en otras partes la *Biblia*, y anotadas yo, su fiel anotador.

Capítulo VI. Los levitas son los que trabajan de padres. Esto de ser en el sexto capítulo donde enjendran los curas judíos me escama respecto de la fidelidad de los curas católicos al sexto mandamiento. El sexto y los curas siempre como la soga y el caldero: uno detrás de otra.

Capítulo VII. Los ciudadanos Isachar, Benjamín, Neptali, Manases, Efrain y Aser, por no ser menos que los que los enjendraron, enjendran también.

Capítulo VIII. Aquí enjendra solo Benjamín hijos que hacen otros hijos, hasta que uno enjendra á Saul, bravo mozo, que fija un poco más la atención del Espíritu y Santo.

Lo que he hecho con estos ocho capítulos debiera hacer con todos los Paralipómenos, porque en ellos se repite deploramente la *Santa Biblia*. Pero yo soy muy terco, y no quiero que se me

quede atrás ningún gazapo. Iré, pues, despacito, aunque canse,

Capítulo IX. Ni Dios entiende el primer versículo. Habla de que se contó el pueblo de Israel, pero ni dice cuando, ni tampoco el número de habitantes. Después cuenta quienes fueron los primeros que moraron en Jerusalem, después del cautiverio de Babilonia, los oficios que se repartieron, y otra multitud de cosas, que así nos importan á ti y á mí, como averiguar si nuestro padre Adán padeció ó no padeció de almorranas, se entiende, después de su culpa, que antes de comer la manzana, ni almorranas ni cosa alguna pudo padecer, según la santa Iglesia católica.

El capítulo X cuenta la historia de Saul mucho peor que está contada en el *Libro de los Reyes*. Cuando el Espíritu Santo inspiró esto, debía hallarse muy de prisa ó distraído (¿con quién?)

Capítulo XI. Viene la historia de David, también mal contada. Y en ella un gazapo del Espíritu Santo, que habiendo dicho en el *Libro de los Reyes* que un bárbaro de príncipe, llamado Josbaam, hirió en una sola acción tres mil hombres, ahora, perdida la memoria, ¡pobre hombre! ó quizá, avergonzado de tanto exagerar, ¡pobre Dios! se contenta con que Josbaam hiera en una sola acción trescientos hombres. Aquí podría decirle al Espíritu inspirador: ¡más te valiera estar duermes! pero lo dejo para más alta ocasión. Esto es *peccata minuta*; así como el llamar aquí Semmeth á uno que en *los Reyes* llamó Semma.

En el capítulo XII se cuenta la gente que siguió á David en sus guerras, la cual toda se murió hace muchos años, y por lo tanto, dejó piadosamente descansar en paz; que hartas fatigas y hambres pasaron los pobrecillos, para que yo me permita alharaquear sus nombres, que es todo lo que hace tontamente la infalible *Biblia*, trocándoles algunas veces. En el capítulo XIII se

cuenta la frustrada intentona del traslado del arca.

David, en el capítulo XIV, acumula materiales para construirse un palacio y se propina una buena partida de mujeres de varios pelos, edades y estados, de lo cual tengo ya tomada nota á su debido tiempo. Se hace de Nachon un Chidon, que no es el mismo nombre, pero pudiera serlo, y en consecuencia se debe tener por verdad, revelada á quien quiera que fuese el que escribió estos cacofónicos Paralipómenos.

Capítulo XV. Trata la materia ya por mí tratada de la traslación del arca á Jerusalem, los bailoteos de David con este fausto motivo, y la burla que de él hizo su mujer, digo, una de sus mujeres. En el capítulo XVI se distribuyen los levitas, como pan bendito, un montón de destinos que para ellos crea el bueno de David, á cargo del presupuesto del culto y clero. Estos destinos consistían en cantar y tocar, dando gracias á Dios, y comerse al pueblo por los pies. Además, David canta un himno, cuya música se ha perdido, no sé si decir afortunadamente.

Y basta por ahora de repeticiones paralipómenicas.

LXXI

Quizá debiera haber dicho, en vez de basta por ahora, basta por siempre de *Paralipómenos*, y de las indigestas repeticiones que constituyen la sacra-judáico-tontesta materia que contienen. Pero, si quedara algún gazapo en el campo bíblico, ¿no podría llegar á ser coneja paridora que inundara de nuevo la fantasía popular con imágenes peligrosas al bolsillo, á cuyo perpétuo cerramiento, para todo cura habido y por haber, de toda religión inventada ó por fabricar, dedico honradamente estas *Notas* de estudio, de lo que jamás, jamás, jamás podrá volver á engañar incautos?